***Bautismo del Señor. Evangelio según San Mateo 3,13-17  
En aquel tiempo, fue Jesús desde Galilea al Jordán y se presentó a Juan para que lo bautizara.  
Pero Juan intentaba disuadirlo diciéndole:  
-Soy yo el que necesita que tú me bautices, ¿y tú acudes a mí?  
Jesús le contestó:  
-Déjalo ahora. Está bien que cumplamos así todo lo que Dios quiere.  
Entonces Juan se lo permitió. Apenas se bautizó Jesús, salió del agua; se abrió el cielo y vio que el Espíritu de Dios*** ***bajaba como una paloma y se posaba sobre él. Y vino una voz del cielo, que decía:  
-Este es mi Hijo, el amado, mi predilecto.***

**NACER DEL ESPÍRITU**

Mateo nos ofrece aquí un ejemplo perfecto del *«género literario evangelio»*. Cuenta lo que sucedió y vieron los ojos -Jesús en el Jordán bautizado por Juan- y lo que sucedió, aunque los ojos no lo vieron -Jesús lleno del Espíritu-. Mateo emplea para ello símbolos tomados del Antiguo Testamento (se abrió el cielo, la paloma se posó sobre Él, la voz del cielo...) *«Lo primero, lo vieron los ojos del cuerpo; lo segundo, lo vieron los ojos de la fe»*.

El mensaje es, por otra parte, claro y fundamental: *«Jesús es el Hijo, el amado, el predilecto, el hombre lleno del Espíritu de Dios»*. Es el mensaje final de estas fiestas de Navidad, el resumen de lo que hemos celebrado estos días, *«Jesús, obra del Espíritu de Dios»*.

*«Jesús es la piedra angular de nuestra fe»*. Creemos en Él, creemos que en Él se muestra el Espíritu de Dios, que sus acciones y sus palabras son acciones y palabras de ese Espíritu.

*«Esto es motivo de fe, no de simple evidencia»*. Es bueno recordar el camino de fe que siguieron sus discípulos, el camino de aquellos que, como se dice en los Hechos, *«anduvieron con nosotros desde el bautismo de Juan hasta el día en que nos fue llevado...»*  Anduvieron con Él, le admiraron, le siguieron incondicionalmente... pero *«fue el Domingo de Resurrección cuando nació la fe»*, es decir, cuando saltaron de la admiración por un hombre fascinante, al reconocimiento del hombre lleno del Espíritu, *«el hombre en el que podían ver y palpar la presencia del Espíritu».*

Tras su muerte en la cruz, aparentemente vencido por sus enemigos, es cierto que tuvieron momentos de desconcierto que les hicieron pensar que Jesús había sido un hombre admirable, pero nada más. Pero es la gracia de la Resurrección la que les hace *«descubrir»* en ese hombre, lo que Mateo está proclamando ahora, en el principio de la vida pública: *«ese hombre es el hijo, el amado, el predilecto».*

Dios nos llega siempre desde dentro, no desde fuera. Nuestro mensaje cristiano de verdades, normas y ritos tiene poco que ver con lo que vivió y predicó Jesús. El centro del mensaje de Jesús consiste en invitar a todas las personas a *«tener la misma experiencia de Dios que Él tuvo»*. Jesús ve con toda claridad que esa es *«la meta de todo ser humano»* y para ello *«hay que nacer de nuevo»*, es necesario un *«bautismo de Espíritu»*.

Estamos celebrando el bautismo de Jesús, su verdadero nacimiento, obra del Espíritu Santo. Jesús dejándose llevar por el Espíritu, se encamina Él mismo hacia la plenitud humana, *«marcándonos el camino de nuestra plenitud»*. Pero tenemos que ser muy conscientes de que, *«solo naciendo de nuevo**, solo naciendo del Espíritu, podremos desplegar todas nuestras posibilidades humanas».* No siguiendo a Jesús desde fuera, como si se tratara de un líder, sino entrando como Él en la dinámica de la *«vivencia interior»*.

La presencia de Dios en la persona debe darse en todo aquello que tiene de *«específicamente humano»*; no puede darse en una presencia solo teórica. Dios está en todas las criaturas como la base y el fundamento de su ser, pero solo el hombre puede tomar conciencia de esa realidad y puede vivirla. Esto es su meta y el objetivo último de su existencia.

Comenta un conocido conferenciante, aparentemente no muy creyente, aunque sí gran conocedor de la historia contemporánea mundial, que vivimos en un momento fantástico para fundar una religión. Dice que la gente está tan cansada de todo, que anda completamente despendolada y que lo único que está esperando es que alguien le prometa el paraíso.

Es curioso que hoy, en este mundo en el que prima la increencia, se eche en falta la existencia de una religión que ponga orden en este caos en que vivimos y que la clase política, sin credibilidad alguna, es incapaz de solucionar.

Es curioso también que todavía no se haya encontrado una raza, una cultura que haya sido atea y que no se haya hecho esas preguntas: ¿qué es el hombre?, ¿cuál es el sentido de esta vida? …etc.

Es innegable que la religión es un *«fenómeno universal»*, no ha habido pueblo sin religión. La persona naturalmente busca a Dios y por eso existe lo que se llama, religiosidad natural. Y lo busca, aunque sea sin saberlo, al Dios único, del cual procede y al cual va.

Es pues bastante comprensible que vivimos un tiempo en el que dar a conocer a Jesucristo es una *«necesidad imperiosa»* que tenemos los cristianos. Hoy nuestro mundo necesita *«conocer de verdad su humanidad»*, su modo de vivir, su relación con Dios, su mandamiento del amor.

Hoy el Evangelio de Mateo nos *«invita»* a que le reconozcamos como el Hijo, el amado, el predilecto. Un reconocimiento que ha de hacerse a través del *«conocimiento de su humanidad»*, incluidos aquellos momentos de gran dificultad, como podemos comprobar al verle sentir terror en Getsemaní o al morir en la cruz. Pero esta es nuestra fe, *«reconocerle como el Hijo»*.

Pablo completará el mensaje llamándole *«el primogénito»*, extendiendo a todos nosotros la condición de hijos y herederos, condición inaugurada por Jesús, el primero que llama a Dios, Padre.

Cerramos pues este tiempo de Navidad con la invitación a *«revisar la esencia de nuestra fe»*, conocedores de que *«es en Jesús donde podemos conocer a Dios y donde podemos contrastar nuestros criterios y nuestros valores»*. ¡Que así sea!

Parroquia de Betharram www.parrokiabetharram.com

12 de enero de 2020